

CRÓNICA DE VITORIA

---

# LA VIRGEN BLANCA

---

## LA VIRGEN DEL PÓRTICO

EN escultura como en arquitectura se encuentran escritas de la manera más indeleble y más indudable, las ideas y manera de ser de todas las épocas y a poco que se estudie, a poco que se investigue, por poco que se analice una estatua o un monumento, se viene pronto en conocimiento de la época en que fué esculpida aquélla o se levantó éste. Hay alguna dificultad, a veces insuperable o poco menos, que viene a entorpecer unas veces, a desorientar otras y alguna que otra vez también a inutilizar las más constantes y competentes investigaciones y detenidos estudios, y algo de esto sucede con la colosal escultura de la *Virgen Blanca*, que se venera en la inmensa hornacina colocada en el pórtico de la iglesia parroquial de San Miguel Arcángel, y aquella dificultad es el relativo escaso valor que la estatua o el monumento tienen, merced a haber salido de manos poco hábiles o de arquitectos poco competentes, según se trate de una escultura o de un edificio, y circunscribiendo el asunto de lugar presente, a la escultura de la Virgen, la dificultad sube de punto.

La imagen, de tamaño mucho mayor que el natural, está en pie, sosteniendo en el brazo izquierdo al niño Dios y en la mano derecha una flor. Al observador ofrece la estatua la corona, el broche que sujeta la túnica, el ángulo trenzado que ciñe el amículo y la flor de la mano tallados en el mismo bloque que forma la escultura, no así las piedras preciosas y adornos que figuran en la fimbria, que son pintados y no esculpidos. Por estos detalles generales puede sospecharse que se trata de una obra original, y aun fijándose en el cabello de la Virgen y del Niño, que lo tienen colocado a un lado y otro del rostro, solamente recogido detrás de la oreja y como sin peinar, quizá pudiera suponerse era una escultura perteneciente al primer período de ese es-

tilo—aun sin tener las piedras preciosas y demás adornos incluidos en la fimbria del manto de relieve, sino pintadas, detalle este de la pintura propio del siglo XIV—, pero de ninguna manera ni por ningún concepto pudiera llevarse la hipótesis de su construcción más atrás del siglo XIII, primer periodo del estilo ojival—que en rigor comienza a mediados de esa centuria, en la que terminó el periodo de transición—porque las imágenes de los siglos X y XII (1) eran groseras, incorrectas, penosas en la ejecución y desaliñadas: nótase en ellas pesadez, poca flexibilidad en los contornos, rigidez en los miembros, brazos caídos o pegados al pecho, rostro reposado, actitudes tranquilas; son los pliegues de sus vestidos menudos, rectos y aplastados, parecidos a veces a una especie de tubo y sus largas túnicas terminan en orlas recamadas.

En los siglos XIV y XV la ejecución era más franca y suelta; había más prolijidad y delicadeza en el acabado; las proporciones se restablecieron, sobre todo al aumentar el estudio del natural, y consiguióse expresar en los rostros los efectos del ánimo, que sólo de un modo muy grosero se habían hasta entonces expresado. La escultura de los últimos años de la arquitectura gótica hace presentir la altura a que hacían de colocar el arte Becerra y Berruguete; *pero la rigidez gótica de la estatuaria no desaparece en el tercer período ojival*—ha dicho una autoridad en arqueología—y, precisamente, fuera de este precepto y de las anteriores consideraciones artísticas está la escultura de la *Virgen Blanca*: tiene la cabellera dispuesta casi de manera románica, abundan en el tronco y en los miembros la traza ojival, pero no tiene la imagen la rigidez ojival de los tres períodos, y ni que aun en todo el tercero desaparece, ostentando en toda su factura, y singularmente en la mitad inferior de la estatua de la Virgen, la gracia, la esbeltez, el movimiento indubitable y manifiesto del Renacimiento, y como éste antes de la mitad de siglo XVI se había enseñoreado de España, a pesar de haber empezado con el siglo, me inclino a creer que la escultura de la *Virgen Blanca*—respetando siempre ajenas opiniones—cae dentro del estilo del Renacimiento (2). En resumen: la escultura de la *Virgen Blanca* tiene detalles románicos marcados, como estar el pelo solamente recogido, no peinado, cara muy redondeada, cingulo trenzado en relieve, que supone sujetar el amículo (so-

(1) «Arqueología cristiana española», por R. Vinader.

(2) De esta opinión participan tres notables arquitectos vitorianos, cuyos nombres no hacen al caso, y no cito por no herir su modestia. Conservo sus cartas.

brevesta o vestido corto que llegaba a poco más de la cintura) y la flor emblemática en la mano; detalles góticos tan definidos como estar en pie, corona de relieve y zapatos en punta; pero el conjunto total de la ejecución, la factura, en una palabra, es tan elegante, movida y graciosa, que delata con claridad a un artista, siquiera fuera modesto, de los siglos XVI o XVII, y para convencerse de ello no hay necesidad sino de recordar—como dice un gran arqueólogo—qué sentimiento de honestidad, qué espíritu de pureza y de gloria respira el hermoso semblante de las Vírgenes de esta época, aun teniendo en cuenta que esta nuestra venerada escultura de la *Virgen Blanca* no posee dos típicos detalles propios del siglo XV, a mediados, y en adelante, de tener el cetro en la mano y el mundo por escabel.

¿Cómo explicar satisfactoriamente la reunión en una sola escultura de tantos detalles pertenecientes a tan distintos periodos arqueológicos? No es fácil hacerlo de un modo claro, preciso e indudable, apoyado en documentos porque éstos no existen, no quedando otro remedio sino hacer hipótesis más o menos cercanas a la verdad. Una y principal, prescindiendo de otras que posible fuera formularlas, salta a la vista a la simple inspección de la escultura: el artista, encargado de la obra, sin genio bastante para hacer una creación, como ahora se dice, se limitó a copiar tomando por modelo no una sino más de una imagen de la Virgen, quizá la de Nuestra Señora de Estibaliz, o la antigua del Rosario, que se venera, ahora libre de extrañas vestiduras (1), en la iglesia del convento de San Antonio de esta Ciudad; quizás las colocadas en los machones centrales de los ingresos principales de la Santa Iglesia Catedral y de la iglesia parroquial de San Pedro Apóstol, y de esas imitaciones resultaron en la escultura de la *Virgen Blanca* del pórtico de San Miguel los detalles románicos copiados de las dos primeras, y los otros ojivales tomados de las segundas, y como el escultor era de más moderna época que quien cinceló aquellas cuatro imágenes, las dos románicas y las dos góticas, corrió su cincel a impulsos y bajo las más nuevas y adelantadas reglas de arte y gustos nuevos de nuevo estilo, del estilo del Renacimiento

(1) De las cuales tuve la suerte de librarla en una inspección arqueológica que realicé hace años.

El año 1894 el respetable e ilustrado señor Cura párroco tuvo la bondad de honrarme atendiendo indicaciones mías y libró a la Virgen y al Niño de postizas coronas de metal y al Niño de un enorme lazo de cintas, que tenía colgado de la mano izquierda.

Por lo demás, esto es fácil y de ello hay muchos ejemplos: hoy mismo se construyen iglesias ojivales (y en casa tenemos el ejemplo, con la nueva Catedral que dirigen los Sres. D. Javier Luque y D. Julio Apraiz) y monumentos bizantinos, sin que desmerezcan en carácter de los levantados en las respectivas épocas cuyos estilos se imitan. Edificios existen, por ejemplo, del Renacimiento, de principios del siglo XV y, por tanto, muchos años antes de que desapareciera el estilo ojival, entre ellos fábricas tan notables como el Colegio Mayor de Santa Cruz, en Valladolid, el antiguo Hospital de Expósitos, de Toledo, y, en Vitoria—además del ejemplo citado antes—la capilla del Hospital civil de Santiago, de estilo bizantino, construída y dirigida por el arquitecto diocesano y provincial de Alava, D. Fausto Íñiguez de Beto-laza, no hace muchos años, aunque esto no destruya la regla general de que por el aspecto se conoce mejor la edad de los edificios que por los pergaminos y documentos, y, además, que ni verificarse el cambio de estilos no se hace bruscamente olvidándose en un día las enseñanzas y factura aprendidas en anteriores centurias, presentándose una sola particularidad en la materia, como se observa en el estilo muzá-rabe, que dura desde el siglo XII al XV, sin que pueda decirse que presenta señales de infancia en un principio ni de decadencia al desaparecer, a pesar de la gran extensión de terreno en que se cultivó, sin notables diferencias.

Y si esta imitación de monumentos de otros tiempos es empresa posible, mucho más fácil debe ser cuando se trata de una estatua, de una imagen, como en el presente caso, hecha por un solo hombre, que se ciñe a copiar detalles de imágenes, de pasados tiempos, tenidas a su disposición con toda seguridad y sosiego.

Tal es mi pobre criterio y opinión desautorizada en lo referente a la escultura de la *Virgen Blanca*, verdadero problema artístico, acerca del cual tengo escrito en el mismo sentido muchas veces en la prensa diaria y en el libro.

Ahora, como siempre, no trato de ningún modo, directo ni indirecto, de imponer a nadie mis ideas acerca de la materia, ni de sentar plaza de dómíne enseñando a otros; expongo mi opinión y nada más, llamando la atención, sobre este caso concreto, de las personas competentes y de los meramente aficionados que estos días nos visisan.